



NUNCA HASTA
PARIS


Alvaro Castillo

NUNCA HASTA PARÍS

(extracto: 2 primeros capítulos)

Alvaro Castillo

© Derechos de autor propiedad de los herederos de Álvaro Castillo.

© Portada diseñada por  Lola Sungai

sungailola@gmail.com

INDICE

1)

2)

ENLACES

1)

El juez Odúber Téllez estaba condenado a morir en su cama pero consiguió zafarse. Siete años pasó loco atado con correas a los barrotes de una cama hasta que una noche (nadie supo nunca cómo) se fugó.

La Señora Mayor, su mujer, su viuda en vida, dormía en una pieza, pasillo por medio. El juez loco entró desnudo a la pieza y en silencio la violó. Después saltó desnudo al jardín y se perdió en la noche.

Era una noche de tormenta. A menos de cien metros de la casa un rayo fulminó al juez. Lo enterraron en el mismo lugar en que cayó. No necesitaron cavar siquiera. El rayo había hecho un pozo en la tierra y el cuerpo calcinado del juez Odúber Téllez yacía en el fondo. Lo taparon con tierra fosfatada y de sus huesos y su sangre creció una encina.

Cuando el juez loco murió, Leonor, la hija, tenía ya once años. Manuel, el hijo, aún no había nacido.

Enterraron al juez y la encina empezó a fermentar en el calcio de sus huesos y en el plasma de su sangre. La Señora Mayor ya hacía semanas que vestía de luto cuando lo supo: estaba de nuevo embarazada.

Veinte años la Señora Mayor llevó luto por su difunto marido. Hasta un mediodía de invierno en el país y de verano en Europa en que apareció con un ajado vestido blanco y una flor falsa color amarillo estrépito en la cintura.

Sus dos hijos la miraron como a un fantasma.

La Señora Mayor se sentó a la mesa del almuerzo, entrelazó los dedos huesosos y dijo: -¿Qué les parecería un viaje a Europa, chicos?

En el barco había una muchacha judía que ocupaba un camarote de la misma cubierta que los de los Téllez.

Ya en las fiestas del fin de semana del Club de los Arponeros (cuando los viejos borrachos, puteadores y timberos accedían por dos días a moderar el licor, tragar las palabrotas y olvidar naipes manoseados y fichas de nácar en bien de una idea –la familia- en la que todos creían creer pero ninguno creía) Manolo había visto cada sábado y domingo, durante años, a la muchacha judía que lo miraba con sus grandes ojos acuosos que nunca parpadeaban.

En aquellas fiestas del fin de semana en el Club (cuando las viejas cacatúas se sentaban a adornar y sonreír en la fila de sillones de gobelino contra las paredes para creer por dos no-

ches no creer en una idea en la que sí creían: la familia) se comentaba que Manolo Téllez parecía el único cuerdo en una familia de locos de espanto. Había generaciones de locos entre los Téllez.

Sentado en una silla entre las viejas como un mirlo perdido entre papagayos Manolo sonreía. Había quienes decían que Manolo no era loco como los otros de la familia porque no podía. Porque era tonto.

Y la muchacha judía lo miraba.

En el barco, al otro día de zarpar, Manolo vio a la muchacha judía apoyada en la baranda con un largo chal oscuro que le cubría los hombros. No se sorprendió. Se saludaron brevemente y la muchacha puso sus ojos húmedos que nunca parpadeaban en la cara de Manolo.

Al regresar de Europa, Manolo Téllez y la muchacha judía se casaron. En la boda, la Señora Mayor sufrió un sofoco.

-Estoy emocionada –dijo-. Es la primera vez que me pasa.

Siempre decía cosas parecidas.

2)

Pocos días antes de emprender el viaje Leonor había cumplido treinta y un años.

Desde mucho tiempo atrás Leonor parecía ir en camino de una soltería rabiosa y ajada. Ahora aquellos vaticinios eran ya una despiadada certidumbre.

De niña Leonor prometía ser hermosa. Sin embargo, con los primeros ciclos y los primeros sueños deshechos de colegiala sus facciones empezaron a amoldarse (como una mala copia vagamente femenil) a las duras facciones en ángulos del que había sido su padre. Con el correr de los fracasos y la diaria comprobación de la indiferencia y el desdén ajenos (cuando no la burla directa, el escarnio), los ojos de Leonor poco a poco adoptaron la mirada oblicua y desconfiada de su madre, aunque por el motivo opuesto.

La Señora Mayor había sido hermosa y su desconfianza, por eso, era en el fondo sarcasmo y desprecio. Acostumbrada a suaves tradiciones recatadas, a la Señora Mayor no le había gustado, de adolescente y de adulta, que otros hombres que no fueran su único novio y único –el mismo- marido la miraran. Leonor, en cambio, siempre había anhelado de las sinuosas miradas masculinas, por dos cosas: porque la locura de su padre había quebrantado para siempre las pálidas tradiciones heredadas y porque era fea. Sobre todo por eso tan cruel y fortuito: la fealdad.

Los años trabajaron malamente en Leonor. Cuando Manolo era un muchacho largo y débil, de apenas catorce años, Leonor había decidido someter su ansia imposible de hombres con una medida drástica: imitando a los hombres. Empezó a andar con pasos de hombre y reír con una risa gruesa y lejana que tal vez concluía con una risa de hombre. Pero Manolo un día se había dado cuenta: “Leonor se ríe como una vaca”, había pensado. Y desde aquel día pensaría siempre igual.

Leonor fumaba cigarrillos negros y constantemente se arrancaba con dos dedos las hebras de tabaco que se le pegaban a los labios y a la lengua. Al sentarse, Leonor separaba las piernas, colocaba las dos manos en las rodillas abiertas y echaba hacia delante el cuadrado desafiante de su pesada mandíbula.

Manolo sabía que todo aquello era sólo una pose torpe y desesperada y sentía lástima, de a ratos, por su hermana.

Fue Leonor la que llevó a la muchacha judía a la mesa de Señora Mayor.

Ya el barco había salido del agua sucia del Río de la Plata y enfilaba hacia Río de Janeiro por las aguas menos sucias del océano.

-Madre –dijo Leonor-. ¿No se acuerda?

La Señora Mayor sujetó ante los ojos las pequeñas gafas redondas y miró.

-Es la sobrina del doctor Shalom –dijo Leonor.

Con un gesto desdeñoso la Señora Mayor consintió en recordar.

Desde entonces la muchacha judía se sentaría todos los días a la misma mesa que Manolo, por las mañanas y las tardes y las noches, con los grandes ojos acuosos que lo miraban sin parpadear igual que dos pequeños estanques limpiísimos.

La muchacha judía se llamaba Esther Shalom, tenía veinticinco años y viajaba sola a Europa.

-Visitaré museos y asistiré a corridas de toros y subiré a lo más alto de la Torre Eiffel –decía-. Tocaré todas las columnas del Partenón. Una a una.

-Europa es un gran continente –decía la Señora Mayor.

Manolo buscó el escándalo en los ojos de su madre pero sólo encontró una tibia mirada complaciente.

-Viaja sola –comentaría Manolo después.

Esther y Leonor jugaban al ping-pong en el extremo opuesto del salón.

-¿Y qué? –dijo su madre-. Es judía.

Manolo sonrió. “Así está bien”, pensó. Así era, pensó (creyó), su madre. Así debía ser siempre.

La primera ciudad de Europa que pisaron los Téllez después de la larga travesía marítima fue Barcelona.

Con el alba salieron, la madre, el hijo, la hija a la cubierta. Los tres codo a codo se pusieron a mirar la ciudad: un fulgor confuso que se delineaba poco a poco, destello a destello, en el horizonte. Hacía frío a esa hora del día y una sucia neblina portuaria se extendía sobre el mar.

Cuando el barco atracó ya hacía calor. Era un día húmedo y gris de verano.

Había huelga en el puerto de Barcelona aquel día y Manolo tuvo que contratar los servicios de tres vagabundos borrachos para que trasladaran las maletas hasta un coche. Los taxis se negaban a cargar tanto equipaje y hubo que meterlo todo en un carromato tirado por una jaca vieja.

-¿Cuánto les debo? –preguntó Manolo.

-Lo que usted quiera, señor.

Manolo metió una mano en un bolsillo y sacó billetes. Desconocía el valor de los billetes. Apartó dos y los dio:

-Gracias.

-Gracias, señor.

Los vagabundos hicieron sonrisas y reverencias al dinero de Manolo y uno le ofreció beber a Manolo del líquido borroso de una botella babeada.

Manolo rechazó el ofrecimiento sin hablar y se alejó. Había captado en las sonrisas borrachas de los vagabundos un sutil matiz de desprecio.

Vio que Leonor sonreía nerviosa al pasar junto a los vagabundos y que los vagabundos, los comebichos, la miraban. Cuando ya Leonor les daba la espalda, los vagabundos, los tres, empezaron a codearse. Manolo sintió náuseas y cansancio.

La Señora Mayor había subido a un taxi y esperaba a Leonor con la puerta abierta.

Leonor llegó junto al taxi, lanzó una última mirada inquieta a los vagabundos y entró.

Por la ventanilla opuesta la Señora Mayor asomó la cabeza y miró a Manolo.

-“Hotel Las Tres Gracias” –dijo-. No te olvides.

Manolo asintió y se acercó para dar un beso a su madre, pero no pudo hacerlo. En el momento en que doblaba la cintura hacia la cara de su madre el taxi arrancó. Con una remota sensación de fracaso Manolo miró por un instante el taxi que se alejaba.

Después se dirigió a pasos rápidos hacia el carromato y no sabía del todo por qué. Sentía la difusa opresión de la vergüenza en la garganta.

-“Hotel Las Tres Gracias” –dijo.

El cochero lo miró.

-¿Sabe usted dónde queda? –preguntó.

Antes de preguntar había girado veloz la cabeza y escupido un salivazo oscuro al suelo. Sus ojos se habían apartado apenas un instante de Manolo.

-No –dijo Manolo.

El cochero movió un milímetro las cejas, como con un milímetro de desencanto. Era un hombre aún joven y hablaba con un indefinible acento forastero (más tarde Manolo aprendería que los catalanes hablaban todos así, forzando su extranjería, como si quisieran mostrar, con su torpe acento castellano, una especie de refinado desprecio popular por un idioma que les había sido impuesto). El cochero tenía metido en la boca un cigarro retorcido y llevaba una boina sudada en un costado de la cabeza. El cigarro estaba apagado, con la ceniza dura como una costra seca.

-Tú –dijo el cochero.

Uno de los vagabundos se acercó.

-¿Sabes dónde queda el “Hotel Las Tres Gracias”? –preguntó el cochero.

El vagabundo se rascó la cabeza.

-Creo que sí –dijo.

Dudó un momento.

-Sí –agregó.

Miraba a Manolo y sonreía. Tenía la botella sujeta por el gollete y apretada contra el pecho.

-Hágame lugar –dijo el vagabundo-. Iré con ustedes. Les indicaré.

Manolo se corrió al medio del asiento y el vagabundo subió.

-Me llamo Manolo –dijo.

Manolo vaciló antes de hablar. Tragó saliva.

-Yo también –dijo.

-Venga esa mano, entonces –dijo el vagabundo.

Manolo sintió la mano húmeda del otro que le apretaba los dedos.

El cochero azuzó a la jaca.

-Vamos, doña Inés –dijo.

El viaje hasta el hotel pareció eterno. El carromato se bamboleaba en las calles empedradas. La jaca expelía tibias ventosidades y sacudía todo el tiempo la cabeza haciendo sonar los cascabeles que llevaba colgados de las crines. La jaca tenía la cabeza cubierta por una gorra verde con dos agujeros por los que aparecían las tiesas orejas.

Manolo no miraba la ciudad pero la sentía alrededor, extranjera y enemiga. “Si esto es Europa mejor me hubiera quedado en casa”, pensaba. El vagabundo apestaba a alcohol y el cochero a fuerte tabaco negro. Los dos olían a sudor.

El vagabundo hablaba. Todo el tiempo habló.

-Yo pude haber sido alguien en la vida –decía-. Tengo estudios. Sé leer y escribir. Conozco cosas. He recorrido el mundo y aprendido mucho. He visto el Partenón, el Taj Mahal y las ruinas de Tenochtitlán. Mi padre fue capitán de navío. Mi madre hablaba francés. A mí también me llamó el mar, como a mi padre, desde siempre. A los dieciocho años tuve que elegir entre la Universidad y los barcos y elegí los barcos. En vez de médico me hice marino.

Tenía la voz opaca, el vagabundo, el timbre alcoholizado. Con una constancia casi de enamorado acariciaba sin cesar el lomo de la botella de inexplicable licor que llevaba en el regazo. Como si fuera el cuerpo de una mujer la acariciaba, la recorría. De vez en cuando la destapaba, bebía en un largo beso de amor y la tapaba de nuevo.

-Esto me ha matado, sí señor –decía-. Siempre me ha gustado demasiado el trago. Esa ha sido mi perdición.

Manolo sacudía gravemente la cabeza, sin saber qué contestar. Nunca en la vida había probado el alcohol.

-No se dedique al trago, tocayo. No vaya a hacerlo –decía el vagabundo-. Hágame caso. Destapaba la botella, bebía y la tapaba de nuevo. Sus dedos no dejaban de acariciarla.

-El trago y las mujeres son inventos del demonio –decía-. Yo también tuve mujer.

Se reía.

-¡Mujeres! –exclamaba.

Su voz de aguardiente del peor decía:

-He tenido mujer en todos los puertos, como buen marino. En Alejandría, en Estambul, en Odessa, en Shangai. Me gustan las mujeres de color distinto. Negras. Chinas. Las judías de Odessa también tienen un color especial, sólo de ellas. ¡Qué judías, mi Dios! La piel les brilla como si se bañaran en aceite. Hágame caso, tocayo. Mujer y tragos jamás. Más vale meterse a cura.

De nuevo se reía. Tenía una forma grotesca y triste de reírse, con carcajadas viscosas que parecían enredarse en la saliva: había en su risa como una rémora degenerada de una remota elegancia.

-Ah, querida –decía-. Me has matado.

Sus dedos contorneaban la botella: el amor. Con la premiosa pasión del amante engañado día tras día.

-Me has matado –insistía.

Al llegar a las puertas del hotel Manolo bajó del carro de un salto. Casi tiró al vagabundo al suelo.

La botella cayó de sus manos y se deshizo en el empedrado.

Manolo, aterrado, vio la mancha de licor que se escurría entre los adoquines. Sintió como si hubiera matado sin querer a un ser humano.

El vagabundo bajó del pescante. Sus zapatos deformados pisaron los vidrios desparrramados.

-¿Ve? –dijo-. ¿Qué ha hecho?

-Lo siento –dijo Manolo.

Sacó un billete y se lo dio al vagabundo.

-Cómprase otra –dijo.

El vagabundo agarró el billete.

-Recuerde lo que le he dicho –dijo-. Aléjese del trago.

-Gracias –dijo Manolo.

El cochero estaba junto a ellos. Manolo lo miró y sacó más billetes.

-Encárguese de las maletas, ¿quiere? –dijo.

Puso los billetes en la mano abierta del cochero y entró corriendo al hotel.

En el vestíbulo vio a Esther Shalom, la muchacha judía, que lo miraba sin parpadear con sus grandes ojos de agua clara.

Los Téllez estuvieron tres días en Barcelona y de allí se marcharon en tren a Madrid.

Leonor y la muchacha judía salieron juntas todas las tardes en Barcelona. Salían después del almuerzo y regresaban cansadas y habladoras al anochecer. Separado de la habitación de su madre y su hermana por un ligero tabique, Manolo escuchaba a las tres mujeres hablar. Oía el murmullo de sus voces y la cercana insistencia de sus risas. La risa de vaca en celo de Leonor a veces le hacía daño. Era una risa desapareja, que subía hasta quebrarse en agudos de vaca loca y se ahogaba regurgitando en notas graves de contralto carrasposa. Tirado en la cama, con la húmeda noche de verano formándose en la ventana, Manolo escuchaba la risa de vaca de Leonor como una afrenta. Su hermana era torpe y fea y desgraciada y la lástima no impedía que a veces Manolo la odiara. Por eso: por su fealdad y su torpeza y su desesperada paciencia en la desgracia.

La noche antes de partir la muchacha judía comió con los Téllez. Hasta esa noche Manolo –después del fugaz encuentro en el vestíbulo- no la había visto: sólo la había escuchado reír y hablar del otro lado del tabique.

La voz de la muchacha judía era lenta y suave, sus palabras llegaban claras a Manolo.

-Ay, no se imagina usted, señora –decía la voz-. De allí fuimos al Parque Güell. Ay, si viera qué maravilla.

-A mi no me gustó –decía Leonor.

La voz forzada era menos nítida: Manolo tenía que aplastar el oído al tabique de la madera para descifrar los sonidos de la ardua y trabajosa voz de varón impostado de su hermana.

-Pero igual me divertí –decía Leonor.

-Ay, sí –decía la judía-. Las dos lo pasamos regio.

La risa de la judía era todo lo contrario a la de Leonor. Era una risa mesurada y complaciente, cómplice y portavoz de secretas ambiciones leves y seguras. Era la risa de una persona sin ninguna urgencia, la risa de un ágil animal astuto. “Alguien –pensaba Manolo, con un conato de espanto- que sabe seguir, resistir y luchar. Que espera para vencer, para ganar”.

La risa de la judía le daba una especie de pavor a Manolo: igual que sus ojos.

No se apartaron de Manolo los ojos de la judía. Más que a nada se parecía (la mirada) a la solemne mirada de un perro o un niño: un perro que esperara una caricia y un niño que esperara, con los turbios ojos con un matiz de lágrima, una moneda: un perro manso y fiel y ya viejo (y sabio) y un niño ya viejo (y sabio) y manso y arraposo.

La muchacha judía miraba a Manolo como si no lo mirara. La Señora Mayor y Leonor no se daban cuenta, siquiera, de la mirada aquella. Era una mirada tenue y constante: era una forma como definitiva de la posesión. “Una mujer que espera y cree y sabe”, pensaba Manolo. La muchacha judía lo miraba, lo tenía ante sus ojos (Manolo tenía ante sí los ojos acuosos de la judía) aun cuando no lo miraba. Cuando hablaba con Leonor, cuando se dirigía con palabras respetuosas a la Señora Mayor, la judía sacaba los ojos de Manolo al tiempo que los dejaba. No estaban, sus grandes ojos húmedos, pero era igual que si estuvieran: redondos, llorosos, sin mostrar ambición (los ojos), que el tic-tac neutro de ningún reloj podría medir ni marcar (porque era un tiempo que no estaba hecho de segundos ni minutos), los ojos volvían: seguían.

Eso fue lo que pensó Manolo esa noche, más tarde esa noche cuando ya se revolvía inquieto en la cama: del otro lado del tabique sólo se oía, a intervalos exactos, el crujido familiar de las hojas del libro que leía la Señora Mayor. Leonor sin duda dormía, y, en el desamparo del sueño, era de nuevo, a su pesar, mujer: no roncaba.

Después del café la muchacha judía había desplegado fotografías sobre la mesa. Antes había pedido permiso a la Señora Mayor.

-Ay, señora –había dicho-. ¿Me deja que muestre unas fotos?

Hablaba sólo para la Señora Mayor. Nunca se dirigía a Manolo al hablar. Sólo lo miraba.

Una de las fotos sorprendió a Manolo: era una foto con techos puntiagudos de casas a la distancia y en primer plano Leonor y la judía.

-Esta foto –decía la judía- nos la sacó un señor, en el Montjuich. Fue muy amable.

-Demasiado –dijo Leonor.

-Ay, sí –dijo la judía.

-Nos invitó a conocer su casa –dijo Leonor.

-Nos quiso dar un beso al despedirse –dijo la judía-. Ay.

Manolo había agarrado la foto y la miraba.

-¿Te gusta? –preguntó Leonor.

-Linda foto –dijo Manolo.

-Te la regalo –dijo la judía.

Manolo dejó la foto en la mesa y no miró a la judía al contestar:

-No. Gracias.

En seguida se arrepintió. Le hubiera gustado tener esa foto, no por las dos mujeres en primer plano, sino por lo otro. Había una especie de vértigo luminoso en los techos puntiagudos de las casas allá abajo.

En los tres días Manolo apenas había salido del hotel y ahora también de eso se arrepentía. Sólo había visitado con su madre algunos lugares que figuraban en la guía turística –un folleto mal impreso con montañas de errores de ortografía- y una tarde había paseado solo por las calles sin alejarse demasiado del hotel. Manolo carecía por completo del sentido de la orientación y temía perderse en cualquier esquina. Mirando la foto, sin embargo, pensó que le hubiera gustado asomarse a aquel abismo de techos en pico en la distancia. Aun a riesgo de tener al lado todo el día a la muchacha judía.

Ahora la muchacha judía, le mostraba otra foto a la Señora Mayor. En la foto Leonor le daba de comer a unas palomas. Manolo pensó: “¿Por qué toda la gente que viene a Europa siempre se saca, más tarde o más temprano, una foto rodeada de palomas?”

-Son unas palomas encantadoras –dijo la muchacha judía-. No le tienen miedo al ser humano.

-Pobrecitas –comentó la Señora Mayor-. No saben a qué se arriesgan.

Tres días estuvieron los Téllez en Barcelona y de allí fueron en tren a Madrid. Después de unos días en Madrid seguirían a Valencia y en barco se trasladarían a Mallorca. De nuevo en barco viajarían a Barcelona y el mismo día tomarían el tren para París.

En el andén, mientras esperaban el momento de partir (también había una difusa huelga en ferrocarriles y los horarios eran más bien caóticos) Manolo trataba de entretenerse recorriendo por centésima vez el itinerario. Sentado en un banco de madera en la punta del andén, entre una mujer gorda cargada de paquetes y un elegante caballero con sombrero hongo y guantes amarillos, bajo la luz amarilla de un farol en lo alto, Manolo había conseguido desplegar sobre las rodillas un mapa de Europa y lentamente lo recorría con un dedo. Buscaba el fenecido entusiasmo (el ansia joven que había sentido en Montevideo antes de embarcar: un an-

sia que lo hacía mirar la ciudad –los contornos familiares de las casas, las plazas, las calles- como a un opaco pueblón en siesta permanente, ya remoto de él: un ansia que lo hacía mirar a la gente y pensar –ya con el pasaje en el bolsillo, ya contando hacía atrás los días y horas y minutos que faltaban para el momento de subir al barco-, con una burlona misericordia: “pobres desgraciados, tener que quedarse anclados aquí”) y sentía la rabia como un nudo en la garganta por no poder revivirlo.

Un hombre uniformado pasó por el andén haciendo sonar un triángulo de hierro.

-¡Viajeros a Madrid! –anunciaba-. Andén número tres. ¡Viajeros a Madrid!

La mujer gorda manoteó por sus paquetes, resopló y se puso de pie. Parecía muy decidida, pero de golpe se aflojó. Su cuerpo hasta ese momento erguido se ablandó. Indecisa, la mujer miró a los costados.

-En aquella dirección, señora – dijo el elegante caballero de sombrero hongo y guantes amarillos que se sentaba al otro lado de Manolo.

Con un dedo el elegante caballero señaló hacia el fondo de la estación. La mujer de los paquetes se alejó.

Nervioso, Manolo empezó a plegar el mapa. El elegante caballero se levantó y estiró hacia abajo los puños de la camisa, hacia arriba el borde de los guantes. Parecía limpio y descansado y amable. Manolo lo envidió. Había doblado el mapa y ya se lo metía en el bolsillo cuando, a cierta distancia, sintió una presencia.

Alzó la vista.

El elegante caballero se alejaba con lánguidos pasos largos. Más cerca la judía, con una valija en cada mano, miraba a Manolo sin sonreír.

Balbuceando una excusa, sintiendo que de golpe estaba más sólo en el mundo que un hombre solo en una isla, Manolo corrió a buscar a su madre y a su hermana. Las encontró en el andén tres. También ellas lo buscaban.

-¿Dónde te habías metido? –preguntó la Señora Mayor.

-Por ahí.

Ya su madre y su hermana habían subido al tren, ya Manolo se había agarrado de los dos pasamanos de la plataforma y también subía cuando se acordó: había dejado el maletín personal debajo del banco de madera. En el maletín había libros, el cepillo de dientes, un grueso cuaderno de hojas blancas, vírgenes todavía, que pensaba utilizar para hacer anotaciones. Hasta un título había pensado, sintiéndose original: “Impresiones de un viaje por el Viejo Mundo”. Desesperado, no por los libros ni por el cepillo de dientes (y tampoco por otras mínimas pertenencias: un amuleto –una moneda- que le había regalado un tío ya muerto y un encendedor de oro que había sido de su padre y que nunca había usado ni usaría –creía-, porque no fumaba) ni por el maletín en sí sino por el cuaderno (El Cuaderno, porque Manolo lo pensaba en

mayúsculas: un cuaderno corriente, de tapas duras, que habría podido comprar en cualquier lugar de cualquier ciudad del mundo pero que ahora, de repente, era irremplazable, no por nada que hubiera en él, que no había nada, sino justo por todo lo que no había y que Manolo, cuando pasaba una a una las hojas en blanco, soñaba para esas hojas en blanco: no para otras), se detuvo en la plataforma y se volvió. Desde el andén la muchacha judía le sonreía.

-Te habías olvidado esto –dijo la judía.

Tenía el maletín en la mano. Manolo agarró el maletín cuando con una sonrisa la judía se lo estiró y sin dar las gracias se dio vuelta y empezó a andar a grandes pasos por el pasillo del vagón.

[Comprar el libro](#)

[Comprar el libro en Amazon](#)

Para más información, o descubrir otros libros inéditos de Álvaro, visiten

[alvarocastillo.net](#)